

## Día 8. La búsqueda de la voluntad del Padre

Padre de bondad, que nos has dado el mandato de crecer a imagen de tu Hijo Jesucristo, danos la fuerza de tu Espíritu Santo y la valentía necesaria para hacer este proceso de maduración, y llegar a ser verdaderamente hijos que buscan tu voluntad.

### MEDITACIÓN:

En toda vida hay momentos clave, momentos que son puntos de inflexión, de crecimiento, de maduración... También el Corazón de Cristo iba creciendo de esta manera, porque él quiso asumir hasta las últimas consecuencias nuestra condición humana. Así podemos comprobarlo al leer el Evangelio:

Sus padres solían ir cada año a Jerusalén por la fiesta de la Pascua. Cuando cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo supieran sus padres. Estos, creyendo que estaba en la caravana, anduvieron el camino de un día y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén buscándolo. Y sucedió que, a los tres días, lo encontraron en el templo. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: «Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos angustiados». Él les contestó: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en las cosas de mi Padre?». Pero ellos no comprendieron lo que les dijo». (Lc 2, 41-50)

Este es uno de los pocos pasajes en los que se nos dan detalles de lo que suele llamarse «la vida oculta» de Jesús. Es tremendo caer en la cuenta de esta realidad: durante unos treinta años, el Hijo de Dios hecho hombre, no hizo milagros, no predicó, no se retiró para ayunar en el desierto vestido con piel de camello... en realidad no hizo nada especial. Podríamos preguntarnos en qué consistieron todos aquellos misteriosos años de aparente «inutilidad». Quizás la respuesta resultará más sencilla de lo que esperaríamos: lo que hizo fue madurar.

¡Madurar! Parece algo evidente, parece algo que sucede casi involuntariamente. Efectivamente, las manzanas maduran simplemente por estar en el árbol en las condiciones adecuadas. Para nosotros, los hombres, no es tan evidente el proceso. En nuestro caso la maduración supone la toma de conciencia de nosotros mismos, de nuestros talentos y limitaciones, también la capacidad de trascendernos para encontrar a Dios que nos llama en cada uno de los acontecimientos de la vida diaria. Nuestra madurez consiste en entendernos como «imagen de Dios» que, difuminada por el pecado, debe trabajar toda la vida para adquirir coherencia. Nuestra maduración consiste en saber que hay una imagen de Cristo en nuestro interior, que tiene que ir revelándose a base de ir despojándonos de ese hombre viejo que lo oculta.

No es un proceso fácil el de la maduración. No es sencillo para nosotros y a veces tampoco es sencillo para los demás, pero es un paso necesario. Nos narra el Evangelio cómo sufrían María y José. Durante tres días sus padres le buscaron angustiados sin poder entender cómo Jesús había podido obrar así. Pero el evangelista deja envuelto en el misterio cómo sufriría el Corazón de Jesús al dar este disgusto a los buenos padres que con tantísimo amor llevaban velando por él doce años.

Jesús no se niega después de este episodio a seguir bajo la autoridad de María y José, pero sí deja patente cuál es su prioridad: «la voluntad del Padre». Esto es lo que le da plenitud a su «ser hijo», y María y José lo respetan.

El Papa nos dice en la encíclica *Dilexit nos*:

Cuando el Hijo se hizo hombre, pasaba noches enteras comunicándose con el Padre amado, en la cima del monte. (cf. Lc 6,12) Él decía: «debo ocuparme de los asuntos de mi Padre». (Lc 2,49) Miremos sus alabanzas: «Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo, y dijo: “¡Te

alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra!»). (Lc 10,21) Y sus últimas palabras llenas de confianza fueron: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu». (Lc 23,46)<sup>1</sup>

Nos deja claro el Santo Padre que el mejor ambiente para la maduración es el contacto íntimo con el Padre en la oración: solo allí entenderemos en qué consiste nuestro ser hijos. Este ha sido el camino de Jesús y ha sido el mismo para tantos santos, que han llegado a serlo creciendo al calor de la mirada del Padre en la oración, aprendiendo en qué consisten esos «asuntos» a los que se tenían que dedicar.

Jesús subió a Jerusalén siendo niño, así lo especifica el Evangelio. Fue el «Niño Jesús» el que se quedó en Jerusalén, pero fue ya un Jesús adulto, un joven adulto, el que, habiendo tomado conciencia de su misión y habiendo puesto las cosas de su Padre Dios como prioridad, bajó de Jerusalén.

Que nuestra oración nos ayude a hacer este proceso para que podamos consagrar al Señor un corazón cada vez más semejante al suyo, el único que ha llegado a la total plenitud.

#### PROPÓSITO:

Jesús, ayúdame en la oración de hoy a preguntar al Padre con seriedad a qué asuntos quiere que me dedique y obrar en coherencia, tomando opciones valientes.

#### JACULATORIA:

Jesús, siempre vuelto al Padre, haz mi corazón semejante al tuyo.

---

<sup>1</sup> Carta enc. *Dilexit nos*, n.74